

III

Aunque victorioso y ocupando cuarteles de invierno, que se extendían desde Aix-la-Chapelle hasta Lieja, el ejército francés carecía de todo y disminuía diariamente bajo la doble influencia de la miseria y de la sedición. No contaba más que una cuarta parte de sus tropas de línea; lo demás se componía de aquellos batallones de voluntarios, valientes un día de batalla, pero indisciplinados al siguiente. Los soldados, sin sueldos, sin zapatos y sin vestuario, desertaban en masa, orgullosos con una victoria, pero incapaces de hacer una campaña de invierno. Los generales y oficiales abandonaban sus acantonamientos para ir á afeminarse en los clubs y en los placeres de las ciudades de Lieja y Aix-la-Chapelle. Los comisionados de la Convención y los enviados de los Jacobinos de París fraternizaban con los revolucionarios alemanes, y convirtiendo á Lieja en una colonia demagógica de París, quitaban toda la libertad de acción y toda autoridad al general. La Convención, á petición de Danton, tomando en su mano la causa de los oprimidos en toda Europa, expidió un decreto que cambiaba la guerra regular en sedición universal. «La Convención—decía este decreto—declara, en nombre del pueblo francés, que concederá fraternidad y auxilios á todos los pueblos que quieran recobrar su libertad. Manda á los generales lleven socorros á los pueblos y defiendan á todos los ciudadanos que hubiesen sido vejados ó pudiesen serlo por la causa de la libertad.» Ya la guerra no tenía límites; ya no mandaban ni la diplomacia, ni la guerra, sino los comisionados. Lieja era presa de su omnipotencia y de sus deprecaciones. Sin embargo, la autoridad proconsular de Danton y de Lacroix, siempre secretamente unidos á Dumouriez, defendía un poco al general contra las exigencias de los clubistas de Lieja y contra las denuncias de los agentes de Pache, y sobre todo de Ronsin. Danton aspiraba á rehacer su fortuna, no sostenida ya por los subsidios de la corte, y que podía aumentarse considerablemente con los subsidios de las ciudades conquistadas.

Inactivo y descontento durante algunas semanas, encerrado en el palacio del obispo de Lieja, lleno de cuidados, viendo huir su gloria con su ejército medio disuelto, Dumouriez sólo veía á Danton, y no estaba enteramente de acuerdo con él. El vencedor de Jemmapes expiaba en un secreto desaliento los homenajes que toda Francia tributaba ántes á su nombre. Paseándose solo en los grandes salones del palacio de Lieja, miraba algunas veces su espada y se inclinaba á cortar prematuramente el nudo de una situación que soportaba con impaciencia.

Un día, acosado por la tristeza y presagios siniestros, abrió un tomo de Plutarco, esa escuela de los grandes hombres, y sus miradas se fijaron en las palabras del filósofo historiador en la vida de Cleoménis: «Puesto que la cosa no es agradable, tiempo es de ver su vergüenza y de renunciar á ella». Estas palabras, tan en armonía con el estado de su alma, fueron las que inclinaron su ánimo hácia el partido de la impaciencia y de la traición. No fueron para Dumouriez las palabras del arrepentimiento y de la prudencia, sino las de la insurrección y la indignación contra su patria.

En aquel momento el proceso del rey tocaba á su fin, y el príncipe, á quien había servido y amado, iba á subir al cadalso, mientras él, su servidor y amigo,

tenía en la mano la espada de Francia y mandaba sus ejércitos. Este contraste entre su situación y sus sentimientos le arrancó lágrimas de enternecimiento y de cólera. Tanteó secretamente su ejército para conocer si quedaba aún en el corazón del soldado francés una fibra que se conmoviese con el espectáculo de un rey prisionero. Sólo la república palpitaba en él, pues la memoria de tantos siglos de servidumbre pesaba sobre el corazón de los franceses. El partido de Robespierre



El duque de Chartres contiene la derrota de las tropas del centro.—Pág. 366.

y de los jacobinos tenía sus seides en el ejército, en los mismos generales rivales ó enemigos de Dumouriez. Labourdonnaye, Dampierre y Moreton conspiraban contra él; y el general, sin esperanza de arrastrar una masa de su ejército para hacer un movimiento contra París, concibió el proyecto de favorecer la evasión de los prisioneros del Temple por medio de un destacamento de caballería ligera que se adelantaría con un pretexto militar hasta las puertas de París, y que cubriría en pelotones escalonados la fuga de la familia real hasta sus puestos avanzados. Este era el sueño de Lafayette; más difícil de ejecutar en el Temple que en las Tullerías. Escribió á Gensonné y á Barere para persuadirles propusiesen un decreto

á la Convencion que le llamase á Paris para socorrer á la Asamblea contra las insurrecciones demagógicas de la municipalidad. Los girondinos, atrevidos para hablar, no habian tenido el suficiente valor para obrar presentando una espada á la Convencion. Barere, hombre previsor, se separaba ya de los girondinos, halagaba á Robespierre, y no contestó al general. Este marchó á Paris, despues de haber dirigido á los pueblos belgas una proclama para que se reuniesen pronto en asambleas primarias y nombrasen una asamblea constituyente que decidiese de su suerte y organizase su libertad.

Despues de entrar furtivamente en Paris; más como fugitivo que como triunfador, Dumouriez se ocultó en una lóbrega casa de Clichy. En el momento en que todas las pasiones estaban agitadas en pro ó en contra de la sentencia de Luis XVI, queria permanecer en la oscuridad, estudiar los hombres, espiar las circunstancias, igualmente incapaz de afectar contra el rey un furor hipócrita que no tenia en el alma, como de pronunciarse solo y desarmado por la causa de una víctima que se atrevia á compadecer, pero que no podia salvar. Dumouriez se acercó sucesivamente á todos los hombres y á todos los partidos para ver dónde estaba la fuerza y augurar á cuál de ellos prometia el gobierno de la república la crisis del momento. Estudió á todos, con el generoso pensamiento de salvar los dias del rey. Director consumado de negociaciones clandestinas, volvió á representar su primer papel, y no dudó ante ninguna intriga ni ante ningun disfraz de sus miras para abocarse con los principales jefes de opinion y lisonjear su política, su vanidad ó interes. Vestido con el más sencillo uniforme y con la capa de oficial de caballería, se fué á pié por la noche á las entrevistas señaladas en casas que no pertenecian á ninguno de los que asistian á ellas, ó en las de sus mutuos amigos. La gloria que le rodeaba y las esperanzas confusas que se unian al general favorito de la victoria y del ejército le abrieron todas las puertas. Vió con intimidad á Gensonné, Vergniaud, Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La república, que estos oradores acababan de crear, ya les asustaba con sus excesos; no reconocian en ella al niño recién nacido de su ideal filosófico; temblaban delante de su obra, y se preguntaban con espanto si la democracia habia dado á luz un monstruo.

Se lisonjeara Gensonné con la esperanza de salvar al rey, Barbaroux se indignaba con la ferocidad de los parisienses, Vergniaud juraba evitar esta vergüenza á su patria, aunque debiese ser el único que disputase aquella cabeza al pueblo; Roland y su esposa deseaban tanto más salvar las víctimas, cuanto más se acriminaban haberlas entregado; Petion se enternecia y decia que él *amaba* á Luis XVI como hombre, haciéndole bajar del trono como rey. Pero ninguno de ellos, excepto Vergniaud, se mostraba resuelto á sacrificar la salvacion de su partido á la de aquella cabeza; ninguno, sobre todo, se mostraba dispuesto á obrar y á intentar contra la municipalidad una lucha dirigida por Dumouriez. A pesar del prestigio del nombre de éste, algunos regimientos inciertos de la guarnicion de Paris y algunos batallones de federados de Marsella, animados por Barbaroux, no le parecian capaces de luchar con buen éxito contra el movimiento general que sublevaba en aquel momento al pueblo. Dumouriez, que en su interior se inclinaba á aquellos aristócratas republicanos más que al resto, se separó de ellos viendo su debilidad y su impotencia; los compadeció y despreció.

Ligado con Santerre por la mediacion de Westermann, vivió en una secreta



DUBOIS-CRANCÉ.

intimidad, durante su estancia en París, con este comandante general; vió en casa de Santerre á los agitadores de la municipalidad, y hasta á los hombres de Setiembre; se esforzó por seducir á Panis, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, é hizo que el primero insinuase á éste que á él sólo le tocaba salvar al rey.

IV

Robespierre, que ya veía en Dumouriez otro Lafayette que proscribir, rehusó toda relacion con él; no quería otra dictadura que la de la opinion, pues detestaba la espada, y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alucinaba á Francia en aquel momento, se hubiese disipado para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez más de que éstos tenían una fuerza de explosion que ninguna política alcanzaba á dirigir ni á contener. Resolvió fingir sus opiniones hasta que hubiese recibido de ellos mismos la fuerza de dominarlos. Estas relaciones íntimas entre los jacobinos y él hicieron á Pache y al Consejo ejecutivo más dóciles á los planes que fraguaba para la conquista de Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panis, de Desfieux, en los Jacobinos y en la Convencion, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités de aquélla lo mismo que el gabinete de Pache. Sólo Marat se atrevía á injuriarle en sus periódicos. Comiendo un dia en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió á insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta á amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó de la mesa, empuñó su sable y arrojó, á pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron á ponerse en medio de los dos militares, y evitaron que se mezclase la sangre con la injuria.

Sin embargo, indignado el general, pensaba ya en la venganza. Encerrado y pretextando una enfermedad en su aislado retiro de Clichy durante los dias que precedieron y siguieron al suplicio del rey, no vió á nadie, excepto á sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y Danton. Pasó aquellos aciagos dias en meditar su plan militar para la conquista de Holanda, y su designio político para dominar y refrenar la revolucion. Westermann, amenazado con la venganza de Marat, á quien se habia atrevido á castigar en el Puente Nuevo, sonreía de antemano al pensar en la humillacion de aquellos demagogos ante el sable de un ejército victorioso. Danton animaba ocultamente aquellas esperanzas de los militares, y tenía fe en una lucha desesperada entre la revolucion y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar los ojos del pueblo, incapaz aún de comprender la gloria filosófica de la revolucion. Por todas estas razones adhería su inteligencia, su corazon y su ambicion á la futura grandeza de Dumouriez, á la que se unía Lacroix por su desmedido deseo de hacer fortuna.

V

El plan militar unido á la conspiracion política de Dumouriez se fundaba en las siguientes combinaciones: avanzar desde Amberes con veinticinco mil hombres